

DISCURSO DE DON ENRIQUE MOLINA

Conmemoramos con las sobrias festividades de estos días el vigésimoquinto aniversario de la fundación de nuestra Universidad. Estas palabras tan sencillas, van sin embargo, cargadas de honda emoción, como lo estaría la congratulación que en abrazo silencioso hiciera un hijo a su madre con motivo de sus bodas de plata. Y más cuando, cual ocurre ahora, la madre es a la par hija para muchos de los que la celebramos. En efecto, aparte de la obvia importancia que este aniversario entraña para Concepción y de la que puede alcanzar en el ámbito nacional y aún continental, él es en particular impresionante para los que hemos trabajado en la Universidad desde sus primeros pasos.

La Universidad penquista no nació como órgano del Estado ni a la sombra de la Iglesia ni por obra de la munificencia de algún millonario. No debió tampoco su vida, al caso de la Universidad de París, a la organización espontánea de profesores y estudiantes unidos en el propósito común de cultivar y extender sus conocimientos. Vino a la existencia para satisfacer un anhelo sentido en esta ciudad desde los últimos decenios del ochocientos. Conmemoramos así la materialización de un largo ensueño. A un cuarto de siglo de aspiraciones que no lograba tomar formas ha seguido otro cuarto de siglo de realidades, que ya se pueden llamar hermosas. Hace veintisiete años se organizó un Comité con el lema «Pro Universidad y Hospital Clínico de Concepción». Una y otro existen en estos momentos. A su cuna modesta debe nuestra Universidad el poder

vanagloriarse de los rasgos de independencia que resultan de no hallarse ligada ni por lazos oficiales ni confesionales ni por las miras interesadas de algún potentado. Su libertad no tiene más límites que los naturalmente impuestos por las necesidades del servicio social a que se consagra y por las prescripciones del Estado Docente que impera en nuestro país. Significa también desde su origen un gesto de descentralización. En Chile nadie es teóricamente partidario del centralismo, pero cuantos pueden se van al centro para combatirlo desde 'allá. La Universidad de Concepción es un hecho en favor de estas aspiraciones descentralizadoras.

¡Qué comienzos más difíciles tuvo esta hoy floreciente Universidad! No es redundancia recordarlas ahora ligeramente. Para coadyuvar en el sentido de la proposición que hiciera el que habla a principios de 1917 al Presidente de la República don Juan Luis Sanfuentes a fin de que fundara la Universidad de Concepción, se formó de inmediato en esta ciudad el Comité que acabo de mencionar. A la vez empezaron a levantarse los obstáculos. No faltó aquí mismo quien sembrara la desconfianza diciendo que el nuevo establecimiento iba a ser un foco de maximalistas, nombre con que se designaba por aquellos días a los revolucionarios rusos antes de llamarlos bolcheviques. Un diputado de esta región, ¡cómo creerlo!, fué personalmente a notificar al Ministro de Educación de que atacaría al Gobierno si éste presentaba a las Cámaras un proyecto sobre creación de la Universidad de Concepción. El proyecto fué presentado por un grupo de parlamentarios, y otro diputado para contrarrestarlo, apareció en el hemiciclo con la moción de crear las universidades de Antofagasta, La Serena, Valparaíso, Talca, Temuco, Valdivia, Osorno y no recuerdo cuantos pueblos más.

Era el ridículo, y el proyecto quedó sepultado.

Pero el Comité no se dió por vencido y en enero de 1919 resolvió por su cuenta y riesgo que al iniciarse el año escolar

se abriría la Universidad con las Escuelas de Ingeniería Química, Farmacia, Dentística, Pedagogía con curso de Inglés y Matemáticas Superiores.

¿Sobre qué base iba a descansar la flamante fundación? Sobre ninguna fuera de la voluntad de sus fundadores. ¿Con qué recursos contaba? Con ninguno, fuera del entusiasmo de los improvisadores. El Comité acordó obtener que los Cursos de Matemáticas y Pedagogía pudieran funcionar en el Liceo de Hombres y el de Dentística en el Hospital. Acordó asimismo que la mesa tomara en arriendo un local adecuado para las Escuelas de Farmacia e Ingeniería Química. No había, pues, ningún edificio universitario. Tampoco había presupuesto para sueldos. El Comité había procedido por su cuenta y riesgo y todo sería en verdad riesgos y cuentas. Estaban presentes en esta sesión en que se tomaron tan temerarios y trascendentales acuerdos, el doctor Virginio Gómez, que la presidió en su calidad de vice-presidente del Comité, quien nos procura hoy el honor y el agrado de estar entre nosotros con motivo del actual aniversario, los señores Augusto Rivera Parga, Edmundo Larenas, Luis David Cruz Ocampo, Eliseo Salas, Abraham Valenzuela T., Abraham Melo y Peña, Federico Espinoza, Samuel Guzmán García, Francisco Fonck, el doctor Pedro Villa Novoa y el Secretario señor Carlos Soto Ayala. Para que informara sobre detalle de la apertura que se proyectaba concurrió además especialmente invitado el señor Ernesto Mahuzier, que desde entonces ha servido con tan cálida y entera dedicación a la Universidad. Formaban también parte del Comité los señores Aurelio Lamas B., Alberto Coddou, Desiderio González, Esteban Iturra y Julio Parada Benavente, actual vice-presidente de la Universidad y Director de su Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Cuando a los pocos meses regresé de los Estados Unidos, a donde había ido en comisión del Gobierno a estudiar las universidades norteamericanas, sentí honda emoción ante el gesto

audaz y romántico que significaba la apertura de la Universidad; pero, a la vez, se me oprimió el pecho al considerar tanta pobreza y sentí angustia sobre cómo responderíamos de la suerte del centenar de jóvenes que confiadamente matriculándose habían puesto sus destinos en nuestras manos.

Si me corresponde algún mérito en esos momentos es el de no haber comunicado a nadie mi decepción e inquietud. Guardándomelas en absoluto me puse con silenciosa resolución a compartir las responsabilidades de mis compañeros del Comité.

No debemos dejar de recordar en esta oportunidad, y lo hacemos con sumo agrado, a los profesores del año inaugural, grupo heroico de profesores *pioneers* primeros batidores del incierto y áspero camino. Fueron los doctores Alcibíades Santa Cruz, Guillermo Grant Benavente y los señores Salvador Gálvez, Humberto Vergara, Pedro Gigoux y Mario Galbiati. Todos continuaron prestando sus inapreciables servicios en la Universidad, con excepción del señor Gigoux que el año último pasó a ocupar un puesto en el Instituto Pedagógico de Santiago y del señor Galbiati que ha jubilado por motivos de salud. Las Escuelas recién abiertas quedaron por un tiempo agrupadas en una sola Facultad, llamada de Ciencias, cuyo decano fué don Edmundo Larenas, ese hombre talentoso, de grata memoria, de tan bello carácter, ilustrado y siempre ávido de saber.

Ese año tuvimos, sin embargo, una satisfacción inmensa. A pesar de tan precarios medios fueron brillantes las pruebas rendidas por los alumnos al fin del primer período de estudio. Los examinadores mandados por la Universidad de Chile enviaron a Santiago telegramas encomiásticos dando cuenta de tan magnífico resultado. Exito que debe hacer reflexionar sobre lo que pueden la voluntad y el entusiasmo. Loor, pues, a los primeros profesores nombrados y a aquellos primeros estudiantes.

Estos hechos iniciales y el próspero desenvolvimiento que han tenido hasta hoy es lo que celebramos en este acto, real-

zado por la presencia del señor Ministro de Educación Pública don Benjamín Claro Velasco, del señor Rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández, de educadores tan prestigiosos como la señora Amanda Labarca y el señor Maximiliano Salas Marchant, de representantes de la Universidad Católica de Santiago y de la Universidad Técnica Santa María, de las autoridades locales, de distinguidos parlamentarios de la provincia y de otras zonas y de numerosos ex alumnos, a todos los cuales me complazco en darles la mas cordial bienvenida y en expresarles nuestros muy sinceros agradecimientos. El nombre del Rector don Juvenal Hernández se halla inolvidablemente ligado a aquellos días germinales. Era entonces un distinguido alumno de los cursos superiores del Liceo de Hombres de esta ciudad, donde había mostrado el talento y las prendas de carácter que tan merecidos triunfos le han traído más tarde. No creo que los lazos de afecto que me unen a él me hagan incurrir en exageraciones al respecto. Era el señor Hernández Presidente de un Centro Dramático que él mismo había organizado y con sus compañeros, entre los cuales se contaba el actual diputado don Héctor Muñoz Aylwin, salieron en las vacaciones de septiembre en jira artística por los pueblos del sur a dar veladas bufas a beneficio de la Universidad. Fué admirable la abnegación de ese grupo de muchachos. Admirable y provechosa. Emprendieron la alegre jornada por su cuenta, sin solicitar el menor recurso ni siquiera para el inicio de la aventura, y el señor Hernández me envió como resultado líquido y limpio de la jira la para aquellos años muy apreciable suma de siete mil pesos. Estimable por el valor de la moneda de antaño y sobre todo porque la Universidad no había recibido hasta entonces ninguna cantidad tan elevada para atender a sus gastos. Se ve que al señor Hernández no le faltan títulos para figurar entre los que cimentaron nuestro Instituto de Estudios Superiores. El actual Rector de la Universidad de Chile, ha seguido teniendo por la Universidad pen-

quista la misma generosa simpatía que mostrara por ella cuando la ayudó en el gesto romántico de su juventud. Cuanto se refiere a nuestra Universidad encuentra en el señor Hernández una pronta voluntad de cooperación. Después que los señores Julio Martínez Mont, Guillermo Azócar, H. del Pino, Eliodoro Domínguez y Fidel Estay Cortés, tuvieron el año pasado la excelente idea de presentar a la Cámara a que pertenecen un proyecto de relativa autonomía de nuestra Universidad se debió a la comprensión y atinada gestión del señor Hernández que el Consejo de la Universidad de Chile tomara los acuerdos necesarios para regularizar el funcionamiento de las comisiones examinadoras entre nosotros. Conviene no olvidar, para agradecerlo debidamente, que las conquistas de esas franquicias constituye uno de los episodios más importantes de la vida de la Universidad de Concepción.

Pero las dificultades económicas subsistían en forma desesperante. Las damas de la sociedad de Concepción y las colonias extranjeras, particularmente la española y la italiana, organizaron fiestas y conciertos a beneficio de la Universidad. Las municipalidades de la región prometieron enviar subsidios, pero la única que cumplió lo prometido fué la de Perquenco que durante algún tiempo remitió con regularidad mil pesos anuales. Don Salvador Polizzi, obsequió mil pesos para gastos de escritorio. Por algunos años contamos con una pequeña subvención fiscal que nunca excedió de cincuenta mil pesos. Todo esto era muy reducido para lo que se necesitaba y hubo ocasiones en que transcurrieron largos meses sin que se dispusiera de los fondos suficientes para cancelar los exiguos sueldos que entonces se pagaba a unos catedráticos que no podían trabajar *ad-honorem*. La Universidad se mantenía por el entusiasmo, tenacidad y abnegación de sus fundadores y de los primeros maestros que profesaron en sus aulas.

Vino a salvar la situación el establecimiento de la Lotería en 1921. En el seno de una comisión nombrada por el Directorio

para arbitrar recursos la propuso el entonces Secretario General don Luis David Cruz bajo el ingenioso y encubridor nombre de «donaciones con sorteo». A pesar de la penuria existente, el Directorio vaciló varios meses en implantarla hasta que encontró en su actual Gerente, don Desiderio González la persona que por su honorabilidad y eficiencia era una garantía de marcha sólida y buen éxito para la arriesgada empresa que se iba a tentar.

No escaseaban los motivos de temores. A nadie engañaba el nombre de «donaciones» porque el agregado «con sorteos» delataba a todas luces la lotería y ésta era objeto de prohibición por la ley. La gente cuerda creía que todo el Directorio de la Universidad sería puesto a la sombra por la justicia criminal. Un contratiempo serio sobrevino cuando la Junta de Gobierno que derrocó al señor Alessandri, en septiembre de 1924 decretó, obedeciendo a sus alardes de escrupulosa moralidad, la supresión de los sorteos. El segundo Ministro de Educación de la Junta, don José Bernal, en actitud comprensiva inolvidable, tendió una mano generosa a la Universidad y le otorgó para 1925 \$ 500,000 de subvención.

Es un hecho digno de notarse que la Universidad ha nacido y crecido y ha ido consolidándose en uno de los períodos más azarosos de la historia política de Chile. Basta ver quienes han promulgado las disposiciones orgánicas relativas a la Lotería para comprobarlo. El primer decreto-ley, de agosto de 1925, que la autorizó lleva la firma de don Arturo Alessandri Palma y de su Ministro don José Maza; la ley de septiembre de 1930 la de los generales don Carlos Ibáñez y don Bartolomé Blanche; y el decreto-ley vigente de 28 de julio de 1932 la de don Carlos Dávila, don Enrique Zañartu Prieto y coronel don Pedro Lagos.

Sin duda por sus relaciones con la Lotería, la Universidad es considerada rica y tal vez por esto no recibe donaciones ni legados de la gente acaudalada. Han formado una honrosa ex-

cepción algunos bien inspirados fundadores de premios como el señor Tomás Olivieri, el doctor Juan Akel y el Banco de Concepción. Este último ha tenido recientemente el laudable gesto de obsequiar a la Universidad con motivo del aniversario que celebramos, \$ 15,000 para premiar anualmente a un alumno de la Escuela de Ingeniería Química. Pasa aquí lo contrario de lo que ocurre en Estados Unidos con las universidades particulares. Allá éstas son colmadas de beneficios de parte de generosos benefactores, lo que se traduce en subministro de elementos para su progreso. Entre nosotros la Universidad no es sino objeto de peticiones, las que, si bien algunas veces van encaminadas a fines de servicio social, significan succión de los recursos que la Universidad necesita para sus finalidades específicamente propias.

Todo esto descansa en un lamentable error. Ni la Lotería con lo bien administrada que está, produce rendimientos fabulosos, ni son todos ellos para la Universidad. Esta percibe sólo muy poco más de la mitad. Las utilidades de la Lotería en 1943 ascendieron a \$ 22.489.699, de los cuales correspondieron a la Universidad \$ 13.653.819.35. El resto se repartió entre la Beneficencia, la Cruz Roja Chilena, la Universidad de Chile, la Universidad Católica de Santiago, el Hospital Militar y el Hospital Naval.

Sin ser para la Universidad su participación en las utilidades de la Lotería una situación ideal debe ésta mantenerse porque es seguro que cualquiera modificación al respecto le acarrearía mayores perjuicios. No cuesta imaginarse qué viento le soplaría en las Cámaras a un proyecto de reforma sobre el particular. Sería la tormenta desquiciadora. Con una espontaneidad y un ardor imposibles de refrenar surgirían tantos establecimientos e instituciones ansiosos de obtener alguna ventaja que para satisfacerlos habría que reducir las cuotas de los actuales copartícipes y la primera víctima de esta nueva repartición resultaría nuestra Universidad.

Esto no deben olvidarlo jamás los que se interesen por ella y en particular su sede, Concepción, esta metrópoli sureña, cuyo bienestar y progreso espiritual y económico se hallan tan ligados a la Universidad. Y en efecto no lo ha olvidado. El Municipio, la entidad representativa de su ciudadanía, y la prensa local han salido con denuedo cada vez que ha sido preciso, a la defensa de la Universidad y de la Lotería. Y en esta ocasión no debo dejar de recordar con gratitud y reconocimiento la cordial cooperación que siempre he encontrado para servir a la Universidad de parte de los poderes públicos, de los parlamentarios, no sólo de la provincia y de la región, sino también de otras zonas y de todos los partidos y del lado asimismo de los más importantes diarios de la capital.

* * *

Afianzada una fuente de recursos permanente para la Universidad ésta pudo avanzar en su desenvolvimiento con menos zozobras que antes, con pasos más tranquilos y seguros, sino tan rápidos como los universitarios hubiéramos querido.

Evocando recuerdos de aquellos años y hojeando memorias he podido considerar la inmensa labor que se ha llevado a cabo por profesores, estudiantes y empleados. En la imposibilidad de reproducir con justeza y con justicia los esfuerzos y el talento gastados por cada uno en estudios, investigaciones y creaciones he pensado en que siempre la vida como una corriente incontenible supera y rebasa los medios con que el hombre puede reproducirla. El tiempo limitado y la memoria flaca nos obligan a reducir los hechos ocurridos. La historia es una pobre y borrosa miniatura del pasado y las obras de arte alcanzan a coger y tratan de perpetuar uno que otro de los miles de episodios que la vida va ofreciendo. Así para muchos méritos tenemos que resignarnos a agruparlos, sin que esto signifique falta de valoración, en etiquetas generales sintiendo que

pierden el nombre y la palpación de alma individual que ha sido su esencia.

En 1924 se creó la Escuela de Medicina, pero no fué esta una iniciativa de los cuerpos directivos de la Universidad de Concepción. La iniciativa partió del Consejo de la Universidad de Chile que vió en el nuevo plantel la única manera de descongestionar la excesiva matrícula de la escuela correspondiente de Santiago. No se había ideado todavía, si se consideraba quizás posible implantarlo, el desacertado arbitrio de poner tope al número de alumnos. El Directorio discutió y vaciló mucho antes de acordar la creación que se le pedía. Con entusiasmo la defendió don Augusto Rivera Parga.

Justo es rendir en este punto sentido homenaje a la memoria del malogrado doctor Ernesto Fischer Klein. Era un hombre de corazón que amó a nuestra Universidad y le consagró sus mejores desvelos. Después que don Salvador Gálvez, tras laudable labor y como director durante el tiempo inicial, dejó instalada la Escuela de Medicina, tomó su dirección el doctor Fischer Klein y la organizó en diversos institutos dentro de las líneas generales que ha conservado. Como es natural,—y corresponde a lo apuntado hace poco,—que en esta reseña, amenazada de resultar fatigosa aunque la quisiera breve, no me ocupe de los directores de escuela actualmente en funciones, no me detengo a considerar los méritos del sucesor del doctor Fischer, el eminente internista doctor Guillermo Grant Benavente.

En 1929 fuimos sorprendidos con la novedad de que en el presupuesto nacional de ese año no figuraba la partida necesaria para el sostenimiento del Curso Fiscal de Derecho que hasta entonces había venido funcionando en el Liceo de Hombres. El Curso se hallaba arraigado a esta ciudad por una existencia de setenta años, constituía una verdadera tradición penquista. El Directorio comprendió como un deber suyo no dejar que ésta

se interrumpiera y para conservarla, hizo el sacrificio de fundar la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Como se ve, los dos establecimientos recién nombrados que generalmente se citan a manera de prueba de que la Universidad no ha sabido romper moldes rutinarios,—olvidando sí para afirmar tal cosa muchas de sus innovaciones,—le fueron impuestas por circunstancias ineludibles. Sin perjuicio de que crea que esas dos escuelas no deben hacer falta en ninguna universidad verdaderamente completa.

Las Facultades han llegado a seis y son las de Filosofía y Educación, Ciencias Jurídicas y Sociales, Ciencias Físicas y Matemáticas, Medicina, Farmacia y Odontología. En armonía con la labor docente que desarrollan las escuelas trabajan los seminarios e institutos que consagran específicamente a la investigación científica y a guiar a los estudiantes en la confección de sus memorias. Entre estos departamentos cito al Seminario de Derecho Privado y los Institutos de Anatomía, Anatomía Patológica, Biología, Histología, Botánica, Farmacia y Odontología. En el presente año se creará en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales un nuevo Seminario que será o de Ciencias Económicas o de Derecho Público, según lo que ese cuerpo resuelva. Innumrables son las memorias de estudiantes preparadas en los seminarios e institutos universitarios que por sus dimensiones y méritos intrínsecos constituyen verdaderos libros y han sido aprobadas con nota de «sobresalientes».

Especial empeño se ha puesto en dotar de la mejor manera posible los laboratorios y bibliotecas, instrumentos indispensables de la labor intelectual, todos para profesores y estudiantes y las últimas además puestas al servicio del público. Los laboratorios de química, que son fuera del de bacteriología, los de mayor importancia, se hallan organizados en forma de laboratorios centrales. La Biblioteca Central cuenta con 32,500 volúmenes y las especiales de las Escuelas en conjunto, de las cuales la de Educación y Ciencias Jurídicas y Sociales son las

más ricas, con 17,962. Como un complemento y estímulo para la investigación y el perfeccionamiento personal, la Universidad ha favorecido hasta donde sus recursos se lo han permitido los viajes de estudio de profesores y alumnos a Europa, a los Estados Unidos, a la República Argentina, al Brasil y la asistencia a congresos científicos y jornadas odontológicas en el país y en el extranjero. La forma en que las delegaciones universitarias han participado en esos torneos han sido siempre honrosas para la Universidad. Los estudiantes de Farmacia e Ingeniería Química hacen frecuentes viajes dentro del país para imponerse de los adelantos de las industrias nacionales. Un grupo de alumnos de esta última escuela, acompañados por el Decano señor Luciano Cabalá y el profesor de Química Industrial señor Gustavo Pizarro, alcanzó en el presente año en excursión de estudio hasta la capital del Brasil y hemos tenido la satisfacción de que el señor Embajador de Chile en Río de Janeiro don Gabriel González Videla enviara al Ministro de Relaciones Exteriores de Santiago una nota sumamente elogiosa sobre la manera en todo sentido laudable cómo la delegación universitaria había cumplido su misión.

La Casa Grace, por encargo de la firma Dupont de Nemours, otorga anualmente una beca para que vaya a perfeccionar sus conocimientos a los Estados Unidos el mejor egresado de la Escuela de Ingeniería Química propuesto por el Consejo Universitario.

Profesores contratados en universidades europeas han venido a engrosar las filas del personal docente. Entre ellos nombraremos al doctor Ernesto Herzog para Anatomía Patológica, al doctor Carlos Henckel para Histología, al doctor Agustín Castelli para Bacteriología, al doctor Hellmuth Kallas para Fisiología. Hasta el año pasado prestaron sus servicios en análogas condiciones los doctores Argeo Angiolani y Leopoldo Muzzioli. También tiene en su seno la Universidad profesores nacionales contratados, como ser el señor David Stitschklin,

profesor de Derecho Civil y Director del Seminario de Derecho Privado, los doctores Enrique Solervicens, Bruno Günther, Francisco Behm y Humberto Vergara de las Facultades de Medicina y Farmacia, y el señor Max Berstens de la Escuela de Educación.

La Universidad sostiene tres revistas: «Atenea», la «Revista de Derecho» y el «Boletín de la Sociedad de Biología» que difunden el buen nombre de nuestro Instituto por todo el país, por las Américas y, conforme a lo que las actuales circunstancias permiten, hasta los confines del mundo civilizado. «Atenea» goza del prestigio de ser una de las mejores revistas de habla castellana y el más alto exponente de la cultura intelectual de nuestro país. Bajo su enseña el Consejo Universitario estableció dos premios anuales que disfrutaban de sólido renombre por la serena imparcialidad con que siempre han sido otorgados. El uno se adjudica a la mejor obra literaria del año y el otro a la mejor científica.

Los siguientes profesores han publicado las obras que se indican:

Dr. Guillermo Grant Benavente, «Lecciones de Patología Médica, cuya segunda edición se ha agotado ya.

Dr. Enrique González Pastor, «El Dolor Abdominal».

Dr. Alcibiades Santa Cruz, «Elementos de Botánica». Agotada.

Ernesto Mahuzier, «Apuntes de Química Analítica». Segunda edición.

Salvador Gálvez, «Lecciones de Química General». Segunda edición.

Guillermo Grant y Evans Weasson, «Compendio de Farmacia Galénica y Química». Agotado.

Carlos Oliver Schneider, «Los Indios de Chile».

Argeo Angiolani, «Introducción a la Química Industrial».

El que habla es autor de algunos volúmenes sobre filosofía (1).

Huelga decir que no toda la labor de investigación de los profesores y jefes de trabajo queda contenida en libros. Ella se manifiesta en comunicaciones a congresos científicos y ocupa páginas de revistas nacionales y extranjeras. Sin repetir los nombres de la lista anterior es lo que ocurre con importantes monografías de los doctores Ernesto Herzog, Carlos Henckel, Ottmar Wilhelm, Ignacio González Ginouvés, Francisco Behm, Helmuth Kallas, Agustín Castelli, Bruno Günther, Augusto Pfister, José Dal Borgo y otros. El doctor Herzog forma parte de una sabia comisión que prepara un gran tratado de Anatomía Patológica y el señor Pfister figura entre los redactores de la Farmacopea Nacional. A las Jornadas y Congresos Odontológicos han presentado interesantes trabajos, entre otros, los doctores Serapio Carrasco, René Louvel, Arturo Gigoux, Erico Meissner, Arturo Salas, Humberto Roncatti, Enrique Traub. El doctor Maissner ha dado en ciudades del sur, cursos de perfeccionamiento para dentistas, con el éxito más satisfactorio y en medio de calurosa aceptación.

Si bien la poesía es por lo general una especie de Cenicienta al lado de las graves preocupaciones universitarias ya que cuando ocupa un lugar en los programas no es más que para entregarla a la fría vivisección de los no menos graves filólogos, también es cierto que cuando encuentra un príncipe de alma superior capaz de admirar su belleza pasa a ser reina. Fué lo que aconteció entre nosotros el año pasado, siendo el príncipe del cuento, o la princesa, la Universidad misma que ha sabido sentir el honor que significa para ella que floreciera

(1) «La Filosofía de Bergson», «Dos Filósofos Contemporáneos, Guyau-Bergson», «De lo Espiritual en la Vida Humana», «Proyecciones de la Intuición», «La Herencia Moral de la Filosofía Griega», «Por los Valores Espirituales», «Confesión Filosófica y Llamado de Superación a la América Hispana».

en su austero vergel el celebrado el libro «Canciones de todos los tiempos» del poeta y Secretario General de la Institución, don Félix Armando Núñez.

Escritores, poetas y hombres de ciencia de aquí y de fuera ocupan continuamente la tribuna universitaria llamados a colaborar en la obra de extensión cultural que desarrolla la Universidad. Alternan con ellos músicos y cantantes que ofrecen conciertos. Los conferenciantes suelen ir enviados por la Universidad a dar disertaciones en los pueblos vecinos. De naturaleza análoga, aunque con cierto carácter de especialización, es el curso que con excelentes resultados vienen ofreciendo en la Escuela de Educación la distinguida profesora y Decana de la Facultad respectiva señora Carolina Vargas de Medina, sobre la Psicología del Niño. El que habla tiene a su cargo en la misma Escuela, el desarrollo de un Curso Libre de Filosofía. Fundado por alumnos del Centro de Educación y subvencionado por la Universidad, funciona un Liceo Nocturno donde pueden completar su cultura los jóvenes que están obligados a ganarse el sustento con su trabajo diario.

A falta de una facultad de Agronomía y de su correspondiente Instituto o Escuela, que no ha sido posible crear aún, se ha establecido el Departamento de Experimentación e Información Agrícola. Bajo la inteligente y activa dirección del señor Alfredo Wolnitzki, en compañía de un Consejo que lo asesora, presta el departamento utilísimos servicios a la región, evacua toda clase de consultas sobre problemas agrícolas y organiza cursos en esta ciudad y en las de las zonas relativos a temas de las industrias agrarias.

La Universidad organizó desde sus comienzos un Departamento de Bienestar Estudiantil. Se ocupa éste de cuanto se refiere al mantenimiento de la buena salud de los jóvenes y niñas que acuden a las aulas universitarias, como ser, hacerlos objeto de exámenes médicos preventivos y proporcionarles aten-

ción médica y remedios, y asimismo, cuando es preciso, intervenciones quirúrgicas y permanencia en clínicas.

Preocupación constante de la Universidad, es cuanto tenga relación con los servicios sociales a que puede atender. La Escuela Dental hace toda clase de trabajos a los estudiantes y al público, gratuitamente o a precios muy módicos. Funciona en ella particularmente una Clínica Infantil destinada a atender a los niños de las escuelas públicas. Alumnos de los cursos superiores de Odontología llevan a cabo la generosa faena de ir a cuidar la dentadura a los presos de la cárcel.

En las sombrías horas que trajo el terremoto de 1939, la Universidad fué como un bastión que quedó en pie en medio de la desolación total y donde los conturbados habitantes de esta ciudad pudieron refugiarse y rehacerse para reaccionar contra la desgracia. Dos pabellones universitarios fueron cedidos al antiguo Hospital, que amenazaba derrumbarse, y que los tuvo ocupados durante más de cuatro años. Este sacrificio de la Universidad ha contribuido en no pequeña parte a que haya sido posible construir el magnífico Hospital Clínico con que hoy cuenta Concepción.

El mismo año de la catástrofe, previendo un reclamo seguro de las exigencias de la reconstrucción, la Universidad creó cursos de perfeccionamiento para maestros mayores, conductores de obras y operarios electricistas.

Fuera de lo que ella hace directamente subvenciona a otras instituciones. Así al recién mencionado Hospital, Colonias Escolares, Coros Polifónicos, Brigada de Boy-Scout del Liceo, Comité Pro Defensa del Niño, Sociedad Lorenzo Arenas, Sociedad las Artes Mecánicas, Amigos del Lustrabotas, etc. Pero hay más todavía. La Universidad,—quien lo creyera,—subvenciona asimismo a establecimientos fiscales, como la Escuela de Servicio Social y el Museo de Concepción.

En cuanto llevo dicho hasta ahora ha venido quedando implícito el aliento vital que anima a nuestra Universidad. El se halla

por lo demás expresado en forma condensada en sus lemas que dicen: «Sin verdad y esfuerzo no hay progreso» y «Por el desarrollo libre del espíritu». Este último es como una respuesta a la clarinada que lanzó con el suyo la Universidad Nacional de México proclamando «Por mi raza hablará el espíritu». Pero hay un perfil del alma universitaria que no ha quedado hasta este momento bien en claro. Es su acendrado americanismo. Lo ha cultivado y mantenido con ferviente esmero desde su nacimiento. «Atenea» es uno de los testimonio de ello. En sus páginas encuentran eco y acogida todas las manifestaciones valiosas de la literatura hispano-americanas. La Universidad sostiene cordiales relaciones de cooperación, solidaridad y afecto con las Universidades y personalidades intelectuales del continente. A los jóvenes de la repúblicas vecinas que llegan hasta nosotros no los miramos como extranjeros, sino como hijos de una misma raza y nuestra simpatía hacia ellos se acrecienta al pensar que sus pechos se sentirán oprimidos a veces por inevitables nostalgias. El Día de las Américas se celebra con devoción entre nosotros. Cuando fatal siniestro destruyó la Biblioteca Nacional de Lima, el Directorio envió con toda premura buena copia de libros y, no teniendo colección completa de «Atenea» disponible, adquirió una ex-profeso para remitirla. Adelantándose a lo que han alcanzado a acordar hasta ahora los congresos internacionales de diplomáticos es un sueño universitario que suene la hora ideal en que las naciones ibero-americanas se agrupen en una gran federación o en unas pocas confederaciones de pueblos vecinos que pongan término al desperdigamiento debilitante de estos Estados Desunidos de la América Latina.

El centro de las actividades de la Universidad lo constituye su Ciudad Universitaria, la única de su género que existe en el país y la única al lado de no más de dos semejantes que hay en la América Hispana, con lo que no aventuramos ninguna pretensión sobre el valor mismo de nuestro Instituto.

Universidades de tanta importancia como las de Buenos Aires, México y Santiago no se hallan establecidas en ciudades universitarias. La ciudad universitaria crea un ambiente hogareño y de camaradería. Los primeros cimientos de la nuestra se pusieron a fines de 1928, de suerte que se encuentra en la primavera de los quince; pero su belleza,— pues, quizás por el amor que le tenemos, la creemos bella,— no es la belleza inquietante de la mocedad sino la más tranquila de cierta madurez. La forman hermosos edificios, al lado de amplias avenidas, entre prados, árboles y estatuas llenas de armonía y sentido, circundados, en un horizonte próximo, por un precioso anfiteatro de verdes colinas cubiertas de eucaliptos y pinos que recortan sus oscuros penachos sobre el azul del cielo. En medio de ese conjunto alza sus líneas esbeltas, gráciles y sobrias el campanil, donde el alma contemplativa y sedienta de perfeccionamiento, puede ver además, una invitación perenne a la elevación y a la rectitud. Todo comunica ahí placidez y serenidad y permite el perfecto reposo que sólo se logra cuando se unen en un mundo abrazo el silencio y lo bello.

El Directorio ha acordado iniciar en el presente año la construcción de un nuevo pabellón para la Escuela de Ingeniería Química. Le preocupa, asimismo la restauración en su propio estilo del Teatro Concepción y ha pedido ya un proyecto definitivo al respecto. Fuera de la Ciudad Universitaria, en el centro comercial quedará terminado en pocos meses más, un adecuado y moderno edificio para la Lotería.

La población de esta ciudad de que venimos hablando no es numerosa. Los profesores ascienden a 92 y los jefes de trabajo, bibliotecarios, secretarios, ayudantes y demás colaboradores a 190, lo que hace un total de 282. El número de alumnos matriculados el año pasado fué de 919. En los veinticinco años cuyo panorama contemplamos hoy sucintamente, han egresado después de haber terminado sus estudios: de la Escuela de Ciencias jurídicas y Sociales, 153 alumnos; de la Es-

cuela de Medicina, 353; de la Escuela de Farmacia, 288; de la Escuela de Ingeniería Química, 36; de la Escuela Dental, 258; y de la Escuela de Educación 565 (del Curso de Inglés, 115, del de Francés, 52; del de Castellano, 37; y del Curso Normal, 361).

De estos mensajeros que la Universidad ha enviado al mundo y a servir a la patria sabemos de muchos que han triunfado brillantemente y no tenemos noticias de ninguno que haya fracasado. Dato importante para el problema de la plétora de profesionales liberales.

El presupuesto anual de la Institución se eleva a \$ 16.789,578.38, y sus bienes, entre propiedades inmuebles (\$ 19.776,865.14), muebles, útiles y libros (\$ 7.289,889.53), bonos (\$ 16.198,693.63) y otros valores redondean la suma de cincuenta millones de pesos poco más a menos. De estos bienes sólo los bonos producen renta.

Conforme se ve, queda mucho por realizar en nuestra Universidad. Si no por sus orientaciones y el alma que se ha tratado de infundirle y no obstante lo dicho anteriormente de su estado de florecimiento, es aún pequeña e incompleta. No han bastado los anhelos de sus directores para hacerla crecer según hubiéramos querido. Tenemos clara idea de cuanto le falta. Ya hemos mencionado la ausencia de una Facultad de Agronomía. Carece de un Instituto de Filosofía, que debe ser como el *palladium* de la Institución, de una Facultad de Letras (que contara con Instituto de Lenguas Clásicas al lado del de Lenguas Modernas que ya funciona en la Facultad de Educación), de una Escuela de Arquitectura, de una Facultad de Bellas Artes (con Escuela de Pintura y Escultura y Conservatorio de Música), de una Facultad de Comercio, de una Escuela de Periodismo. La Escuela de Medicina no llega más que hasta el cuarto año y el Curso de Ingeniería Civil se hace sólo en el primero. Faltan cursos para ingenieros de minas, hidráulicos y electricistas. No se ha podido levantar aún la Casa del Estu-

diente. Sin que haya organizado cursos sistemáticos sobre la materia no poco ha hecho la Universidad por la cultura física de los jóvenes, acción que se acentuará con la Casa del Deporte recientemente terminada. Fuera de dos excelentes gimnasios encuentran ahí los estudiantes baños, restaurant y anejas comodidades.

Se observan otras deficiencias que, al anotarlas, se confunden con críticas hechas a los rumbos de la Universidad. Algunos impugnan la existencia misma de las Escuelas de Derecho, Medicina, Educación, Farmacia y Dentística y se fundan para ello en la socorrida tesis del exceso de profesionales liberales y de profesores. Pero se ha probado que en proporción a las necesidades nacionales, a la población del país y en comparación con otros estados donde las oportunidades técnicas son mayores, no hay exceso. Tal vez se deja sentir una pequeña plétora en las ciudades grandes y sobre todo en la capital; pero no en la totalidad del territorio. Se dan pueblos donde apenas se consigue un médico y un farmacéutico, otros que carecen de servicios de dentistas y otros en que los únicos abogados son el juez y el secretario del Juzgado. Los impugnadores olvidan, además, que las escuelas de que abominan no son sólo emporios de profesionales sino a la vez, y muy principalmente, centros de cultura científica y ética. Con esto se obtiene por aditamento en la sede donde las escuelas funcionan una elevación del nivel profesional, bien que ya constituye una conquista para no ser mirada en menos.

Los innovadores de que nos ocupamos, quisieran que la Universidad no fuera más que un conjunto de escuelas industriales y técnicas con vistas principalmente a la satisfacción de las necesidades regionales. Esta actitud se halla reforzada por la urgencia en que nos hallamos,—imperativo de nuestros días y que lo será de muchos más,—de sacudir la subyugación y dependencia económica en que vivimos, azote que sin gran diversidad nos es común con todos los pueblos ibero-americanos.

Somos casi factorías de otras naciones más adelantadas. Nadie puede negar la importancia vital de este problema de la educación que tienda a robustecer nuestra eficiencia económica. La Universidad ha dado pruebas de pensar así con el interés que ha dedicado a su Escuela de Ingeniería Química Industrial y a su Departamento Agrícola, y estamos seguros de que continuará haciendo cuanto pueda en ese sentido conforme sus recursos se lo permitan; pero indicarle a una Universidad que se limite a ese género de Educación es pedirle que deje de ser Universidad. Si ésta no merece llamarse tal, estando constituida sólo por un conjunto de escuelas profesionales, menos puede merecerlo si no pasa de uno de escuelas técnicas. Ni lo merecerá aún contando con ambos conjuntos, sino cuando además se albergue en ella la labor de la investigación científica, animada por orientaciones éticas, o sea, en una palabra, cuando en el campo en que conviven profesores y alumnos sople el espíritu.

En el pulimento del rico diamante que es el alma juvenil no se debe descuidar ninguna de sus facetas, ni la moral, ni la intelectual, ni la estética, y para el caso no puede estar ausente la consideración de las necesidades, inquietudes, perspectivas y aspiraciones nacionales en todo su dintorno ni la de lo esencialmente humano. Lo primero se confunde con una prescripción vital de la ciudadanía. Lo segundo es la expresión de esa euritmia que buscamos en la cultura, a fin de no formar almas mutiladas, sordas para lo mejor que ha venido creando el hombre, la amplitud esperanzada de sus doctrinas filosóficas y éticas.

En todo estudiante bulle un futuro ciudadano que deberá ser un ciudadano de *élite*. La atención que otrora se consagrara a la educación de los príncipes porque iban a gobernar, tenemos que consagrarla ahora a nuestros muchachos universitarios porque en ellos van a recaer las funciones directoras de la sociedad. Son los príncipes herederos de la gran familia que

es la democracia. A quien más conviene esto es a la democracia misma para evitar los tumbos a que la exponen las masas desorbitadas o mal guiadas por conductores sin ideales morales, que sólo buscan ventajas materiales propias y de grupos.

¡Qué magnífico conglomerado ofrecen las aulas, bibliotecas, laboratorios y gabinetes universitarios trabajando en cuanto, dentro y fuera de la patria, interesa e inquieta al espíritu humano! Alumbran como vigilantes lámparas, fuego sagrado donde los estudiantes y los peregrinos que son los hombres pueden alimentar sus linternas para lanzarse por los senderos del mundo.

Las universidades deben ofrecer el más bello ejemplo de fundición armónica del trabajo espiritual y material. Sabemos que el ritmo del progreso ético-espiritual de la humanidad no ha podidoacompañarse al de su progreso técnico. A las universidades corresponde la salvadora tarea de restablecer este equilibrio y mantenerlo. Concebido así, al trabajo se le eleva ante los jóvenes a la categoría de un verdadero culto místico y se le presenta cual es: norma suprema, redentor del hombre, consuelo del solitario y fecundo compañero del creador. Que excelente cooperación prestan de esta suerte las universidades al entrañable problema de la emancipación económica. Esta no se obtendrá jamás con declamaciones sino trabajando; mas ha de ser un trabajo emprendido para darle un sentido espiritual a la riqueza misma. La exclusividad de lo técnico y de lo material, la mera persecución del lucro, conduce a la sensualidad y a la brutalidad. ¿Acaso no han provenidó todas las calamidades que está padeciendo el género humano del predominio de la técnica y de la ambición de poder junto con el olvido de los valores espirituales que deben reglar las relaciones entre los hombres? ¡Cuántas cosas no se hacen entre nosotros precipitadamente y mal por falta de honradez en el trabajo e inconsiderado afán de lucro! Se adulteran los productos aunque con eso se desacredite la firma productora; se arrancan los fru-

tos de los árboles antes de sazón, aunque esto traiga desagrados y en definitiva perjuicios para la colectividad. Todas estas son úlceras ocasionadas por el triunfo de lo material sobre lo espiritual. ¿De qué sirve mayor fortuna si en las clases altas lleva a una vida vana de ostentación y derroche y en las bajas a que giren en el círculo vicioso, vicioso y trágico, de que con mejores salarios, trabajan menos y beben más? A esos derribes conducen el olvido del ennoblecedor del ser humano, el inefable espíritu. Ya lo recordó el Evangelio cuando Jesús dijo: «No sólo de pan vive el hombre». Pero quizás con tanta fuerza como la apetencia de conservación mueve al hombre la reproducción y sería más exacto decir: «No sólo de pan y de amor vive el hombre». Por el pan y el amor solos, sin el óleo del espíritu, el hombre puede cometer los mayores desaciertos, excesos y atropellos.

Quien sabe si todo el sentido de la vida humana, la última cifra de la filosofía normativa, se halla en ir a la busca de ese pan y de ese amor, sagrados e ineludibles menesteres, por los caminos de la sabiduría. Y siendo así, de seguro, por añadidura, la belleza, como flor espontánea, acompañará los bordes de esos caminos.

La Universidad es cual atalaya que trata de avizorarlos.

Y hemos llegado al término. Los timoneles de hoy miramos con confianza el horizonte del porvenir, no porque nosotros mismos vayamos a surcarlo, sino pensando en los que han de venir después de nosotros. Confiamos en que los que más tarde tomen el volante puedan exhibir dentro de un ritmo más acelerado de progreso, en una ocasión pareja a la presente, en un nuevo aniversario, un cuadro de más acabadas perfecciones, superior a lo que a nosotros nos ha sido dado lograr, en favor del afianzamiento y desarrollo de nuestra Universidad.